Impreso por Fernando Gómez. Prohibida su reproducción.

AGUSTIN MORENO
Secretario de Acción Sindical de Comisiones Obreras

Prontuario sindical ante el 6-J

DICE el bolero que la distancia es el olvido. Para que no sea así, para que el olvido no siga legitimando el desorden económico y social, ahí van estas notas que, como todo prontuario, deben de ser un resumen de lo que conviene tener presente por los trabajadores y sindicalistas a la hora de votar el 6-J.

I. El presente viene marcado por el desastre económico y un desolador balance antisocial, por el incumplimiento de los acuerdos y por el recorte de libertades. 1.— Crisis y recesión. La política monetarista aplicada y el dogmático Plan de Convergencia han sumido a la economía española en una profunda depresión 2.— 3.300.000 parados. Todo un récord histórico, por la tozudez irresponsable de mantener la política económica a «machamartillo». 3.— 3 millones de precarios. Con un 40% de contratos temporales e inestable en el sector privado, triplicamos la media comunitaria, lo que produce efectos perversos en las condiciones de trabajo, en la salud laboral, en la cualificación, en la competitividad y en los gastos por desempleo. 4.— Desprotección social. Mantenimiento de un déficit social respecto a la media comunitaria de 7 puntos del PIB en gasto en protección social pública. Ello repercute en menores pensiones y servicios sociales, en el deterioro del sistema sanitario y en la falta de financiación para la reforma educativa (LOGSE). 5.— Ataque a los salarios. Operación de castigo a los empleados públicos con la aplicación unilateral del 1,8%. 6.— Desregulación laboral. Ofensiva contra los derechos de los trabajadores, amenaza de flexibilizar aún más el despido, de derogar ordenanzas laborales, de imponer arbitrariamente la movilidad geográfica, funcional etc. 7.— Destrucción de tejido industrial. Reconversión «manu militari» en la industria española con destrucción de empleo y reducción de la capacidad productiva. La renuncia a una política industrial y la liberalización de la economía «a tumba abierta» está siendo un suicidio productivo.

PALABRA INCUMPLIDA.— 8.— Privatización y abandono de empresas públicas. Acoso y derribo al sector público a través de un proceso continuado de cierres y de venta de empresas públicas. La penúltima operación parcial ha sido Argentaria. 9.— Ausencia de política de vivienda. Gravísimo problema social puesto de manifiesto por el siguiente dato: un trabajador en España se gasta entre dos y tres veces más de su salario que un trabajador europeo en el alquiler o en la compra de su vivienda. ¿Qué fue del plan 460.000? 10.— Política fiscal regresiva. Ni paga más quien más tiene ni paga todo el mundo. Fuerte subida del IVA y alta presión fiscal (pruebe a echar las cuentas del IRPF sin decir palabrotas). 11.— Incumplimiento de la Ley de Huelga. La espesa soberbia de González le ha llevado —entre otras razones— a disolver las Cortes para cargarse la Ley de Huelga y para demostrar que manda él. La CEOE y todas las derechas, conseguido su objetivo, brindaron con champán. Con ello se ha llevado el fuero y el huevo. El fuero, porque ha dado una estocada a la credibilidad de la concertación social; el huevo, porque ha dejado a los sindicatos con las manos vacías del único fruto del paro general del 28-M. 12.— Incumplimiento de la ley de salud laboral. Acordada tras dos años de negociación, el Gobierno guardó en el cajón la ley ante la campaña de la patronal, cuando era urgente su promulgación porque nos obliga la Directiva europea de 1989, por la obsolescencia de la legislación vigente y, sobre todo, porque se producen de media 2.000 muertos en accidentes de trabajo al año. 13.— Incumplimiento de la cláusula de revisión en la Función Pública. 14.— Ley «Corcuera». Además del recorte de derechos fundamentales individuales, recoge también un ataque a derechos colectivos como el de reunión, manifestación y huelga en los servicios esenciales. Se han empezado a aplicar sanciones a los trabajadores y forma parte del intimidatorio diálogo habitual entre los manifestantes y la Policía el «¿o se disuelven o les aplicamos la ley Corcuera?». 15.— Un largo etcétera que va desde la intención de privatizar la gestión de la incapacidad laboral transitoria y de la asistencia sanitaria para las empresas de más de 250 trabajadores, hasta el Código Penal, la guerra del Golfo, el GAL.

Si no dijéramos que el Gobierno no se merece el voto de los trabajadores, se podría pensar que tenemos el «síndrome de Estocolmo»

En conclusión, la política económica aplicada no ha sido de izquierdas. Lo reconoció el propio Felipe González, en un mitin en Barcelona (8-11-92), cuando afirmó que «podría haber sido realizada por una derecha moderna». Si después de la política aplicada no dijéramos que (el Gobierno) no se merece el voto de los trabajadores, se podría pensar que estamos afectados por el «síndrome de Estocolmo» y que nos hemos enamorado del secuestrador.

Ni lo mismo ni más de lo mismo: ni la derecha política ni política de derechas, la haga quien la haga. Los programas electorales de los neoliberales del PSOE y el del PP son bastante iguales en el fondo. Boyer ha llegado a decir que «los proyectos económicos del PP y del PSOE son muy similares». Las diferencias estriban más en los ritmos de aplicación y en la dosis de dogmatismo que en lo esencial de la política económica. Así, el PP tiene más prisas en privatizar y González en reducir el déficit público. Pero todos hablan de reducir el gasto social, de proseguir con el proceso de privatización y desmantelamiento del sector público, de reducir el papel del Estado en la producción, etc.

Con estos programas (que no se han replanteado tras la última EPA) se sigue mirando al techo y silbando: en vez de crear empleo seguirá aumentando el paro, se amenaza con una contrarreforma laboral que facilitará el despido y recortará salarios y derechos sociales y laborales, se hará más débil el estado de bienestar y habrá más conflictividad social.

II. El futuro. No hay futuro a partir de este presente: sería un pasado repetido. Sólo hay futuro dando la vuelta al presente, sólo hay futuro desde la organización y la participación, desde la apuesta por una democracia sustantiva (de contenidos) más allá del voto (las formas). No hay por qué resignarse. No hay por qué optar entre la peste y el cólera (la derecha y las políticas de derechas). Estoy con aquello que decía Jesús Ibáñez de que «no hay por qué elegir entre términos indiferentes, entre la alternativa en el poder de dos partidos casi idénticos, para que haya reversibilidad y para que estemos en el mismo punto al empezar y al acabar la función».

OPTIMISMO.— Hay que ser razonablemente optimistas. Con el 6-J se producirá el *fin del ciclo político de las mayorías absolutas*. Y eso es bueno por dos razones. Una: las mayorías absolutas no han servido a los trabajadores. Habrá más protagonismo de la vida política y de las minorías parlamentarias, de las fuerzas sociales, de los sindicatos; se hará más necesario el diálogo y la búsqueda de consenso y puede haber más capacidad para incidir sobre las cosas en un sentido de progreso. Dos: existe la posibilidad de que se produzca un *giro a la izquierda* con el avance de aquellas formaciones que recogen en sus programas las demandas sindicales de cambio de política económica en un sentido de progreso.

Más allá de los programas, hay que ver las prácticas políticas. El descrédito es clamoroso tras la experiencia de los 800.000 puestos de trabajo o de la salida de España de la OTAN. En mi opinión, ante el 6-J, los trabajadores han de tener 4 cosas claras: 1) deben participar y no abstenerse; 2) la derecha nunca ha resuelto sus problemas; 3) González no se merece su confianza por la política practicada y 4) hay que apoyar a la izquierda que defiende el cambio de política económica y el giro social. Como González es el caballo de Atila para las ideas de izquierda y Aznar el caballo de Troya de la CEOE, los trabajadores tendrán que afinar con su voto votando a la izquierda del PSOE.

Acabo con Cervantes: «Bien podrán los encantadores quitarnos la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, es imposible».

CONTRA LA CONFUSION

Mandamases y mandamenos

ANTONIO GARCIA TREVIJANO

CONTEMPLAR a la clase política en su propia salsa, ver a tantos hombres y mujeres peleándose por el poder político sin ideales realizables que cubran su impúdica procuración, es un espectáculo radiante de obscenidad, que nos brinda la ocasión de reflexionar sobre la finalidad social de la pasión de poder, de ese enorme derroche de energías individuales en busca de puestos de mando. Catedráticos, jueces, artistas, cabezas de familia, catalanes y vascos se predisponen a salir de su medio entorno para abrazar, en Madrid, no la causa social sino los poderes políticos en el Estado. Todos dicen lo mismo. «Queremos conservar o conquistar el poder del Estado, deseamos mandar por espíritu de sacrificio, para servir a los mandados». Pero casi todos desacreditan a sus rivales sin escrúpulo por la verdad, se autoestiman con imágenes o palabras melifluas, adormecen y seducen con tramas infantiles a unas masas expectantes de ser mantenidas en su libre estado de servidumbre voluntaria. Si queremos comprender la razón de este triste y, a la vez, divertido espectáculo, debemos distanciarnos al límite de la historia para ver y comprender, mejor que ellos mismos, el sentido último de su aparatosa agitación.

• • •

Desde que se rompió el equilibrio ecológico entre densidad de población y cantidad de recursos disponibles, es decir, desde que se inventó el Estado, la naturaleza produce más candidatos al «sacrificio» de mandar sobre sus congéneres de los que la sociedad necesita. El desequilibrio provocado por la abundancia de mandamases congénitos o culturales se ha resuelto con métodos de ingeniería social, tan eficaces y admirables como los que restauran el equilibrio entre los sexos en la genética de poblaciones. Los pueblos prehistóricos, cuando sobrepasaban tres o cuatro centenares de cabezas, inventaron el método de la bipartición, la escisión del grupo en dos mitades. La opción —dividirse o morir— duplicó los puestos de mando de la comunidad originaria. Las culturas indoeuropeas hicieron frente al mismo problema mediante la tripartición de las funciones sociales. La organización piramidal en castas de sacerdotes, guerreros y productores permitió colocar el excedente de personas propensas a mandar sobre sus iguales. El mundo moderno, a medida que aumenta la densidad de población, multiplica las funciones de poder en la enseñanza, la salud, la milicia, la economía, la religión y el Estado. Cuando este método de ofrecer empleo a la ambición no basta para aliviar la competencia, se combina con el método primitivo de dividir en varias partes autónomas la propia comunidad estatal.

• • •

Yugoslavia y España ilustran esta combinación metódica de lo moderno y lo primitivo. Una pequeña parte de la antigua comunidad yugoslava está dispuesta a diezmarse o morir. España sólo es diferente en el medio empleado, pacto en lugar de guerra, para conseguir lo mismo: dividir por diecisiete la comunidad nacional, es decir, multiplicar diecisiete veces los empleos de mando para las élites nativas. La pasión de poder y la pasión constituyente de las instituciones modernas, el miedo a las masas populares, da pie a una teoría pasional del Estado que debe desplazar a las ficciones, sin valor descriptivo de la realidad, de las teorías racionales del Estado liberal. La competición o lucha por el poder entre las élites políticas no es causa, como pensó Pareto, de los procesos de cambio social, ni un simple método para elegir gobiernos en un mercado político, como cree Schumpeter. La evolución de las poblaciones densas, hacia uniones imperiales o divisiones nacionales, está determinada por razones materiales del ecosistema que operan culturalmente a través de las pasiones de poder y de miedo de las élites. Estas minorías crean sentimientos adecuados a la integración supranacional y a la desintegración nacional. El Estado español ha sido y continúa siendo víctima de las dos pasiones elitistas que fomentó la debilidad democrática de la transición. El complejo franquista del Gobierno Suárez alimentó con demagogia la pasión autonomista. El complejo anticomunista del Gobierno González, al subordinar toda su política al atlantismo militar y al germanismo económico, encendió la demagógica manía de grandeza de la pasión europeista. Estas elecciones producirán una coalición de gobierno de dos pequeñas ambiciones reales de poder, sostenidas por dos grandes ilusiones demagógicas, Mastrique y Barcelona. Lo moderno y lo primitivo darán curso a la caterva de livianos «mandamases» para que el Estado nacional, reducido a su mínima expresión, sea regentado en Madrid con el poder residual de los auténticos provincianos «mandamenos».